

y del exceso de poblacion. No habrá escritor ni historia que nos haga justicia, y el poder y la ambicion de la república anglo-americana, léjos de disculparnos, solo servirán para reagrar los cargos que se nos hacen por haber consumido nuestras fuerzas y nuestros recursos contra nosotros mismos. Y dispersa esta sociedad, rotos los vínculos de religion, de costumbres y hasta de familia, objeto de odio á los demas Estados de la América del Sur, porque les acercamos enemigos tan peligrosos, y sin poder vivir, ni en la patria en que nacimos, ni en el suelo extranjero que nos desprecia, nos veremos obligados á ocultar ó á avergonzarnos de nuestro origen, y buscar en este envilecimiento un título para enlazar y establecer nuestros hijos, sacrificándolo todo y produciendo un cambio asombroso que recordará siempre, para ejemplo de otros pueblos, los bienes que nos destinaba la Providencia y el castigo que hemos merecido (1). »

Nada necesitamos añadir á este cuadro extremadamente sombrío cuanto exacto, que revela el porvenir que preparan á Méjico los extravíos de sus hijos.

(1) *Porvenir de Méjico, ó Juicio sobre su estado político en 1851*, por el S. D. Luis G. Cuevas, miembro del senado.



## CAPÍTULO XXXV

La mano de la Providencia sobre Centro-América. — Mirada retrospectiva. — Los hombres apostólicos. — Las Casas; rasgos maravillosos de su celo ardiente. — Leyes de la Iglesia que apoyaban su proceder infatigable. — Los procuradores de indios obtenidos por sus constantes reclamaciones. — Propagacion rápida del Evangelio. — Guatemala y Chiapas; primeros obispos erigidos en aquella parte del Nuevo Mundo. — Fervor de los convertidos. — Los ermitaños.

Las naciones como los individuos han recibido una mision que llenar sobre la tierra, y jamas la Providencia aparece tan admirable como cuando los hace servir á ese objeto, sin que lo comprendan ni lo sientan. Las revoluciones que sacuden á los pueblos con violencia, que los impulsan, los mecen y trastornan como paja movida por el viento, son ordinariamente los ejecutores de las órdenes de Aquel que mira la tierra y la conmueve, toca los montes y humean. ¡Incomprensibles caminos los de la Providencia! Ese hombre que abusando de la libertad que recibió del Criador se abalanza furioso contra las leyes, contra la justicia y contra los magistrados, procurando trastornar el curso que Dios señaló á sus



criaturas, ese hombre, decimos, en sus propias acciones, en sus mismos crímenes, busca sin conocerlo el castigo de su extravío y trabaja por encontrar la pena que debe reprimir severa su arrogancia temeraria. Y no es la América solamente la que ha experimentado esos trastornos ni la que ha sufrido el peso horrible de los males que aquellos acarrearán; todas las naciones están sometidas á la misma ley, todas marchan por el mismo camino, todas experimentan las mismas vicisitudes y en unas da Dios lecciones á las otras, sin que alguna deje de desempeñar á su turno el papel que le cupo en los sucesos humanos. Mirad esa Francia: ella fué la maestra de las naciones, la que marchaba á la vanguardia de todas, por los vastos conocimientos de sus hijos, por las sábias leyes que dictaron sus monarcas y por el poder formidable de que estos dispusieron para hacerlas obedecer: mirad la Inglaterra, esa reina orgullosa de los mares, cuya política se deja sentir en todas las naciones, le procura enormes ganancias materiales en todas partes y derrama también males infinitos por doquiera; mirad la España, esa desgraciada España cuyo poderío fué un día el primero y el más extendido de todas las monarquías de Europa; pero esa Francia había hecho servir su influencia para corromper, y á nadie asombrará por lo tanto que la Providencia le impusiese un castigo tan terrible que la obligó á volver sobre sus pasos. La Inglaterra que vió sin inquietarse subir las gradas del cadalso á sus reyes, que vió también perseguido y proscripto por el gobierno el culto de la nación entera y á ese gobierno caído en manos de demagogos sanguinarios, fué entre-

gada oficialmente á los excesos del fanatismo más desastroso y repugnante, que sembró horror y desolación en la heroica Irlanda y anegó en sangre la Gran Bretaña; y esa España, en fin, postrada casi totalmente, invadida por el ateísmo y por la revolución, sin vida ni movimiento hácia el bien en el interior y sin respetabilidad en el exterior, son las páginas en que encontrarán perpetuamente las naciones de la tierra escrita esta eterna verdad: que ni los hombres ni los pueblos pueden separarse impunemente de la senda que les está señalada, que Dios para castigarlos los abandona muchas veces á sus propios excesos, y, en fin, que sin que ellos lo conozcan ni lo imaginen siquiera, sirven de instrumento á la justicia divina. Observando atentamente los sucesos de la historia de América, encontramos más de una vez motivo para conocer los designios de Dios, que permite con frecuencia así á los individuos como á las naciones que ejecuten sus extravíos, para que los males de todo género que les acarrea su obstinación en el mal les sirvan de castigo y de enseñanza. ¿Quién no ve el dedo de la Providencia en esa ignorancia grosera, en ese atraso vergonzoso, en esa falta de recursos para conseguir su bienestar que á primera vista se percibe en tantos pueblos que, embriagados por las ilusiones que creaba en su imaginación una libertad mal entendida, se lanzaron furiosos á destruir lo que su religión les mandaba respetar? Sin ir más lejos, preguntemos á los Estados de la América central la causa de esos graves males que la aquejan, males que todos conocen, todos deploran y muchos querrian remediar, aun cuando fuese á costa de



grandes sacrificios. Honduras, Nicaragua, San Salvador, Costa Rica y Guatemala nos responderán señalándonos el largo proceso que les forma la religion por los desacatos, arbitrariedades y sacrilegios de que fué victima allí mismo. No repetiremos este proceso; los delitos que en él resaltan todos los conocen allí donde fué quemada por mano de verdugo la sagrada imágen del fundador del instituto de los PP. predicadores, en odio á la inquisicion y en el sitio donde alguna vez un obispo celoso habia hecho quemar libros heréticos y obscenos introducidos para corromper la moral; allí donde los unguidos del Señor fueron presos, maniatados y arrastrados al destierro ignominiosamente, y allí, repetimos, donde las halajas de los templos, sin exceptuar las mas sagradas y venerandas, fueron robadas del modo mas cinico y los altares profanados de la manera mas sacrilega. Nos fijaremos mejor en la extension de la pena con que la Providencia aflige á los pueblos en cuyo seno fueron perpetrados aquellos hechos, ya que con el lenguaje mas severo y que mejor comprenden los hombres enseña á los pueblos el mas sagrado de sus deberes, — el respeto á Dios y á su fe.

La América del centro fué durante el coloniaje uno de los países mas ricos y mas opulentos del Nuevo Mundo. Su comercio de cacao, arroz, cochinilla y de otros géneros tan preciosos como estos, era vastísimo y reportaba á sus vecinos ingentes cantidades de dinero. Sus colegios de Guatemala y de Leon recibian en su seno la juventud mas florida de todas las provincias civilizadas, y los PP. dominicos y franciscanos cuidaban las mi-

siones de los infieles con celo y abnegacion ejemplares.

Hombres apostólicos existieron en aquellas provincias desde la época misma de su descubrimiento por los españoles. « La orden de Santo Domingo, dice el erudito Ducreux, fué el instrumento que empleó la Providencia para la conversion y la civilizacion de las naciones bárbaras que habitaban esos fértiles territorios, y para conocer cuánto hicieron, basta leer la serie de los primeros obispos y la crónica de lo que cada uno de estos ejecutó llenando los sagrados deberes de su cargo. Un Julian de Garces, un Domingo de Mendoza, un Bernardo de Alburquerque y tantos otros varones apostólicos á cuya voz temblaron los vicios, cayó la idolatria abatida y cedió su campo cubierto ántes de tinieblas á la luz y á la verdad de la religion católica, son algunos de aquellos varones venerandos cuyas virtudes serán siempre uno de los mas bellos ornamentos de la fe y de la civilizacion en el Nuevo Mundo (1). »

Injusto seria quien al frente de todos estos hombres insignes por su celo, su valor y su constancia, no recordase al mas ilustre y venerando, al inmortal Las Casas, obispo de Chiapas, á quien ya hemos nombrado en otro lugar. « Si se vuelven los ojos al estado de las Américas al tiempo en que Las Casas tomó sobre sí la proteccion de los indios, dice un ilustre escritor, se ve que las disposiciones del gobierno, aunque en lo general humanas y racionales, no tenian á tan inmensa distancia autoridad bastante para hacerse obedecer. Los arrogantes

(1) Ducreux, *Hist. ecclés. univ. au seizième siècle.*



conquistadores se negaban á reconocer límite en el uso y abuso que hacian de su poder. La religion, indignada de servir de pretexto á tantos escándalos, alzó la voz contra ellos, y comenzó á acusarlos sin rebozo ni contemplacion alguna delante de la opinion y delante de la autoridad. Fuerza fué oír esta voz y atender á estas reclamaciones: los que á nada tenian miedo, tenian que temer á Dios. Los príncipes de la tierra y sus consejeros se vieron precisados á mostrarse consecuentes al celo que ostentaban por la propagacion de la fe; y esta arma poderosa, manejada con tanta habilidad como vehemencia por los varones insignes que se destinaron á esta obra sublime, sirvió en gran manera á mitigar el mal, ya que por estar desde el descubrimiento identificado con la posesion del Nuevo Mundo, no fuese posible extirparle de raiz. Las Casas fué el intérprete mas digno de aquella sagrada inspiracion y el campeón mas infatigable en tan generosa contienda. Cuando la filosofía y la historia empezaron á examinar las doctrinas, los acontecimientos y los hombres, segun el bien ó el mal que el género humano habia recibido de ellos, al paso que se estremecieron de indignacion y de lástima al ver los infortunios y desolacion de los indios, no pudieron dejar de poner los ojos con igual entusiasmo que reverencia en los esfuerzos sublimes y filantrópicos de Las Casas (1). » El alma se siente poseida de noble orgullo al considerar que mientras tantos individuos apoyados en la fuerza bruta ultrajaron la dignidad humana reduciendo á esclavitud á sus

(1) Quintana, *Españoles célebres*, biografía de Fr. Bartolomé de Las Casas.

semejantes, tantos otros con celo y abnegacion asombrosos se declaran los protectores de esos hombres cuya noble existencia se queria envilecer. Mil rasgos de esas virtudes encontramos leyendo la vida de Las Casas, y estamos seguros de que pueden en gran parte borrar las funestas impresiones que causan en ánimos generosos las extorsiones de que alguna vez fueron víctimas los indígenas de América.

Las leyes severas que dictó la Iglesia para reprimir la audacia de los que declarando esclavos á sus iguales les arrebataban el mas precioso don que recibieron de mano del Criador, fueron una de las armas que manejó Las Casas defendiendo á los indígenas de América. Asombra el valor con que fulminó la mas terrible de las penas que pueden afectar al hombre que cree y se llama hijo de la Iglesia católica, sin que le detuviesen ni el peligro en que ponía su vida, ni la influencia de los que con ellas eran castigados, ni la sedicion de un pueblo herido en sus intereses, ni la mordacidad mas osada, ni otra consideracion por grave que fuese. En Chiapas vemos asaltado su aposento por una muchedumbre furiosa que penetra armada hasta dar con su persona insultándola con toda clase de inmundos ultrajes, mas le vemos tambien que sin inquietarse por eso, tomando las bulas de los Sumos Pontífices que castigan con censuras á los que retienen como esclavos á los indios, se las principia á leer en alta voz y solo concluye cuando los gritos amenazantes de aquella plebe irritada no le permiten ser oído. Tres veces atravesó el Océano para hacer presente á los reyes cuanto tenian de monstruoso las en-